

ALFA Y OMEGA



ARQUIDIÓCESIS DE MÉXICO • VENEZUELA • CENTROAMÉRICA • EL CARIBE

28 ABRIL 2024

AÑO 10 / N° 17 / TONO X / EOTH. X



DOMINGO DE RAMOS

Santoral: Los nueve mártires de Cesarea.

TROPARIO

DEL DOMINGO DE RAMOS

Tono 1

¡Oh Cristo nuestro Dios! Cuando resucitaste a Lázaro de entre los muertos antes de tu pasión, confirmaste la resurrección universal. Por lo tanto, nosotros, como los niños, llevamos los símbolos de la victoria y del triunfo clamando a ti, oh vencedor de la muerte: «¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!»

OTRO TROPARIO

DEL DOMINGO DE RAMOS

Tono 4

¡Oh Cristo nuestro Dios! A nosotros, que fuimos sepultados contigo por medio del bautismo, por tu Resurrección, nos hiciste dignos de la vida eterna; por eso, te alabamos: ¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

CONDAQUIO

DEL DOMINGO DE RAMOS

Tono 6

¡Oh Cristo Dios, sentado en los cielos en el Trono, y en la tierra sobre un pollino!, acepta las alabanzas de los ángeles y el cántico de los niños que te exclaman: «¡Bendito eres Tú, que vienes a renovar la vocación de Adán!»

CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A LOS FILIPENSES

(4: 4-9)

Hermanos: Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito: ¡Estén alegres! Que su bondad sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. No se inquieten por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presenten a Dios sus peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias. Y la paz de Dios, que supera todo entendimiento, custodiará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.

Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, en esto piensen. Todo cuanto han aprendido y recibido y oído y visto en mí, pónganlo por obra y el Dios de la paz estará con ustedes.

SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

(12: 1-18)

Seis días antes de la Pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dieron allí una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaba con Él a la mesa. Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. La casa se llenó de olor de perfume. Dijo Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo había de entregar: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?» Decía esto no porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella. Dijo Jesús: «Déjala, para el día de mi sepultura ha guardado esto. Porque pobres siempre tendrán con ustedes, pero a Mí no siempre me tendrán». Gran número de judíos supo que Jesús estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos judíos se les iban y creían en Jesús. Al día siguiente, al enterarse la numerosa muchedumbre –que había llegado para la fiesta– de que Jesús se dirigía a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a su encuentro gritando: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el Nombre del Señor, el Rey de Israel!» Jesús, habiendo encontrado un borriquillo, se montó en él, según está escrito: No temas hija de Sión; he aquí que tu Rey viene montado en un pollino de asna. Esto no lo comprendieron sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue glorificado, se acordaron de que esto estaba escrito sobre Él, y que era lo que le habían hecho. La gente que estaba con Él cuando llamó a Lázaro de la tumba y lo resucitó de entre los muertos, daba testimonio. Por eso también salió la gente a su encuentro, porque había oído que Él había realizado aquella señal.

MENSAJE PASTORAL

¿«Hosanna!» o «Crucifícalo»?

Un día el pueblo de Israel había exaltado con alabanzas a Cristo durante su entrada a Jerusalén; pocos días después, pediría a voces su crucifixión.

Aquí exclamaban: “¡Hosanna! (sálvanos) ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”; más tarde gritarían: “¡Crucifícalo!” Aquí es recibido como un rey con ramos

de olivo y palmas; más tarde sería golpeado, azotado y herido con una lanza. Aquí el pueblo tiende su ropa para que su asna pase sobre ella; después le rasgarían la túnica y le harían cargar una cruz. Aquí sale el pueblo a recibirlo para entrar con Él a Jerusalén, más tarde lo sacaría de la ciudad para crucificarlo.

Podemos ver que el personaje principal de este pasaje es un pueblo que vacila entre la admiración del poder del Señor y el menosprecio

de la humildad de su Cruz. Nosotros, igualmente, solemos actuar y vivir en este mismo comportamiento esquizofrénico: vacilamos entre la fe y la incredulidad, entre el amor y la tibieza. Unas veces nos presentamos como apóstoles suyos y otras nos negamos a la Gracia que brotó de su costado vivificador.

El Domingo de Ramos, como el inicio y entrada a la dinámica espiritual de la Semana Santa, lanza un llamado a participar en la Pasión del Señor: «acompañémoslo con corazón purificado» (Maitines del Lunes Santo); es un día en el que aclamamos al Rey de la Gloria que jamás nos ha ofrecido descanso u holgura, sino lucha y sudor: «El Reino de los cielos se alcanza con esfuerzo, y son los esforzados los que lo arrebatan» (Mt 11: 12).

Salgamos, entonces, de entre esta muchedumbre oscilante e incorpóramonos al coro encabezado por María Magdalena, la que enjugó con su cabello (símbolo de su gloria) los pies del Señor y entregó todo lo que poseía para recibir a su vez la riqueza del Rey de reyes. Dura es la amonestación del Señor: «Puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca» (Ap 3: 16). Pero dulce es su llamado: «¡Entra en el gozo de tu Señor!», a todos los que han luchado con firmeza –cada quien según su fuerza y posibilidades– en la batalla de la Cuaresma, y que hoy llegan a levantar los ramos de la virtud y a exclamar con los niños de Jerusalén: «¡Bendito eres Tú que has venido –y de nuevo has de venir– en el Nombre del Señor!» Amén.

+ METROPOLITA IGNACIO

NUESTRA FE Y TRADICIÓN

La Semana Santa

Es la semana de la profunda vigilia donde el alma anhela a Jesucristo como su Novio; «He aquí que el Novio viene a medianoche...» cantamos en los primeros tres días de la Semana. Se trata de una exhortación para entrar en la oscuridad de tu alma a fin de que ella pueda recibir la Luz Pascual. En este himno, recordamos al Señor como «el Novio» para cuyo encuentro tendremos que adornar «nuestra cámara nupcial».

Resulta conveniente que, aparte de escuchar las lecturas de los servicios, dediquemos tiempo, según nuestras posibilidades, para leer los Evangelios, para así alimentar nuestra contrición, y que al llegar el miércoles seamos ungidos con el Santo Óleo «para la curación del cuerpo y del alma», pudiendo participar en la Cena Mística del Jueves Santo (en la mañana). En la noche del mismo día y con las doce lecturas evangélicas que la Iglesia dispone, penetremos en el misterio la Pasión de Cristo, donde las palabras del Señor sobre su entrega voluntaria suavizan nuestro corazón, así como también nos dan esperanza con la promesa de la presencia del Divino Paráclito, y sobre la Iglesia que surgirá de su costado herido.

Gran bendición nos otorga la participación en las Horas Reales de la mañana del Viernes Santo: salmos, profecías, epístolas, evangelios y cantos que se refieren a la Pasión; aquí comprendemos la naturaleza de la Cruz como la fuerza y la sabiduría de Dios. El tema central de nuestras lecturas es lo que había predicho el profeta Isaías: «No hay parecer en él, ni hermosura; lo vimos, pero no tenía

atractivo como para que lo deseáramos. Fue despreciado y desechado por los hombres... él llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores... fue herido por nuestras transgresiones...» Al terminar el servicio ponemos el Epitafio (el icono del Entierro Divino) en medio de la nave de la iglesia, se le besa respetuosamente, para regresar por la tarde y cantar adecuadamente sobre el misterio: «¡Al Dador de vida el sepulcro encerró...!». Así, con la procesión del Epitafio contemplamos la realización del plan de «la Providencia cumplida con la muerte».

En el Sábado de la Luz los catecúmenos de la Iglesia antigua recibían el bautismo, el sacramento donde se muere a la existencia de pecado y se

surge para una vida nueva. En esta liturgia, nuestro corazón ya no soporta más que el Señor permanezca en el sepulcro, por lo que exclamamos con un himno: «Levántate, oh Señor, juzga la tierra», mientras tanto los sacerdotes arrojan hojas de laurel sobre los fieles anunciando así que nuestro Salvador ha vencido y que, por su Cruz, ya somos vencedores con Él.

La Semana es Santa no por sí misma, sino por consagrarla al Santo acontecimiento; «venid, hermanos, acompañémoslo con conciencia pura, crucifiquémonos con Él por los deseos de la vida...». De esta manera, al concluir la Semana, podamos clamar desde el fondo de nuestro ser: «¡Cristo ha resucitado!».

Himno de la resurrección de Lázaro

Regocíjate, Betania, / hacia ti hoy vino Dios,
Quien al muerto vivifica. / ¡Cómo no, si la Vida es Él!

Marta lo ha recibido / con lamentos y dolor:
«¡Ay de mí, Jesús amigo, / me derriba un gran pesar!»

Exclamó: «¡Rabí, oh Cristo / compasivo, ayúdame!
Al perder a mi hermano, / se rompió mi corazón».

«Cesa el llanto -Él le dijo- / y de lado déjalo,
ten presente que el hermano / a la vida va a volver».

Se acercó, pues, al sepulcro / el Amigo Redentor
y llamó al sepultado: / «¡Sal afuera, oh Lázaro!»

Marta y María, vengan / a mirar la gran acción:
Revivió hoy su hermano, / den las gracias a Jesús.

Ante ti, Oh Dios de todo, / nos postramos con fervor;
muertos somos del pecado, / resurgimos en ti, oh Jesús.

Iglesia Ortodoxa Antioquena
Arquidiócesis de México, Venezuela, Centroamérica y el Caribe

Pirules 110, Jardines del Pedregal, 01900, Ciudad de México.

Tel.: +52(55)5652-7772 / Fax: +52(55)5652-5433

e-mail: ortodoxia@prodigy.net.mx / Web: www.iglesiaortodoxa.org.mx